

## **OTTO MAYR, AUTORIDAD, LIBERTAD Y MAQUINARIA EN LA PRIMERA MODERNIDAD EUROPEA (1986), BARCELONA, EL ACANTILADO, 2012 (TRADUCCIÓN DE MARTA PESARRODONA)**

**Íñigo Ongay de Felipe**

American School of Bilbao, Fundación Gustavo Bueno

En la película *El tercer hombre*, afortunadísima traslación cinematográfica a cargo de Carol Reed de la novela homónima de Graham Greene, Harry Lime un arribista sin demasiados escrúpulos dispuesto a hacer su agosto en la deprimente atmósfera de la Viena de la segunda postguerra mundial, espeta cínicamente a su antiguo amigo, el mucho más íntegro y acaso incomparablemente más ingenuo Holly Martins/Joseph Cotten, aquello de que cinco siglos de paz y felicidad a la suiza habrían dado como resultado... ¡ *el reloj de cu-cu!* La frase, al parecer añadida a la película por iniciativa del propio Orson Welles sobre unas declaraciones debidas a Benito Mussolini, resulta llamativamente imprecisa en más de un punto puesto que ni es cierto que el reloj de cucú fuese un «invento» originariamente suizo- al contrario un prototipo de reloj de cucú mecánico, propiedad del príncipe Augusto de Sajonia fue descrito ya en 1629 por el aristócrata augsburgués Philip Hainhofer-, ni tampoco, desde luego, conviene olvidar que la paz helvética a la que se alude solo pudo construirse, ya desde Juan Calvino, sobre una acumulación de cadáveres que incluye por cierto, muy señaladamente, el del médico español Miguel Servet. En todo caso, y por poner un ejemplo suficientemente conocido en razón de investigaciones como las de Peter Galison, resulta creemos extraordinariamente simplista pretender desentenderse irónicamente de la importante ascendencia que el desarrollo de mecanismos tecnológicos tan precisos como los relojes suizos ( sean o no de cu-cú) pudo ejercer de hecho sobre el despliegue de la teoría de la relatividad durante los años en que Albert Einstein desempeñó su labor como responsable de la oficina de patentes de Berna muy cerca de la torre del reloj coordinado de la Kramgasse ( remitimos al lector al decisivo libro de Peter Galison, *Relojes de Eistein, mapas de Pointcaré. Los imperios del tiempo*, Barcelona, Crítica, 2005).

Sea como sea, la institución «reloj mecánico» desde su nacimiento en torno a la década de 1300, durante su consolidación comercial y social en el Augsburgo de I siglo XVI y a lo largo de una historia multiseccular que cuenta entre sus hitos más distinguidos nombres como los de Christian Huygens, Robert Hooke o Galileo Galiei, ha servido de metáfora organizadora de los contenidos fenoménicos que se dibujan en los campos operatorios científicos y

tecnológicos más diversos. Así, pocos ingenios mecánicos han dado frutos tan socorridos en lo atinente a representarse el propio desenvolvimiento de las diferentes categorías que componen el mundo en marcha; y ello desde la teología natural- en San Clemente de Roma o en Nicolás de Oresmes- hasta la cosmología- en Descartes, Boyle, Wolff, o en la misma polémica Leibniz-Clarke-, desde la fisiología humana- en Joahannes Geyger o Fray Luis de Granada- a la organización de las monarquías europeas modernas- en Saavedra Fajardo o en Thomas Hobbes-, desde lo que podríamos roturar como pedagogía de los príncipes- en el Antonio de Guevara del *Reloj de Príncipes*- a la reorganización metafórica de la tabla tradicional de las virtudes ético-morales comenzando por la *temperancia*.

Pues bien, el libro de Otto Mayr, director del Deutsche Museum de Munich, *Autoridad, libertad y maquinaria automática en la primera modernidad europea* que acaba de ser puesto a disposición del lector hispano por la fantástica editorial El Acanalado, representa una apabullante contribución sistemática de los materiales suficientes y necesarios para seguir la pista a esta poderosa y persistente metáfora tecnológica a todo lo largo de un desarrollo histórico que atraviesa cuatro siglos. En este sentido, el libro de Mayr no sólo atiende a la consolidación paulatina de la metáfora del reloj en lo que suele considerarse como el pensamiento europeo moderno tras la revolución científica ( lo que, como podrá entenderse con facilidad, obliga a hacer justicia a episodios como puedan serlo el afianzamiento del mecanicismo cartesiano, la controversia sobre el automatismo de las bestias- respecto a la cual, dicho sea de paso, Otto Mayr no tiene en cuenta referencias tan importantes como la de Gómez Pereira- , la doctrina monadológica de Leibniz o la concepción del estado como una máquina de relojería) sino que rastrea, extrayendo de ello unos resultados verdaderamente pujantes, los hilos esenciales de una ideología anti-mecanicista característica del mundo anglosajón ( John Milton, Lord Halifax, John Locke, David Hume, Adam Smith, William Penn) que tendrá en la balanza, y no tanto en el reloj, su metáfora clave. Una tradición doctrinal por así decir anti-relojera fundada en el concepto de «auto-regulación» , tan cercano por cierto a la idea metafísica de *causa sui*, que frente al mecanicismo *continental* terminará por sentar las bases hacia el siglo XVIII de lo que Otto Mayr tipifica como «la concepción liberal del orden».

La tesis de fondo que Mayr estima posible fundar de acuerdo a su documentadísimo periplo histórico- doctrinal suena del modo siguiente: «(...) la tecnología es tanto una causa como una consecuencia de los valores de la sociedad en la que se desarrolla. La tecnología es tanto una fuerza como un producto social.». Creemos, en efecto, que dicha conjugación, patentizada según nos parece por el documentadísimo estudio de Otto Mayr, representa una evidencia imprescindible de cara a cualquier concepción actual acerca del modo como las instituciones científicas y tecnológicas conforman contenidos esenciales de las morfologías de nuestro mundo en marcha. Y ello es algo que enfoques gnoseológicos tan potentes como el de la Teoría del Cierre Categorical de Gustavo Bueno , pero también la concepción de las «máquinas-teoría» de Peter Galison, la teoría de la ciencia de Ian Hacking, o las investigaciones de Matthew Norton Wise en historia de la ciencia llevan varias décadas poniendo muy claramente sobre la mesa.